

III Foro #IDEASFAES Valencia

LUNES 26 DE NOVIEMBRE DE 2018

Es una gran satisfacción volver a Valencia en esta nueva edición del Foro #IdeasFaes. Queremos contribuir a que esta tribuna sea un ámbito de debate y reflexión de referencia en esta Comunidad, y hoy creo que se ha dado un paso importante. Acumulamos una trayectoria corta pero productiva en este foro y estamos muy satisfechos y muy agradecidos a todos los que lo hacen posible.

Quiero destacar tanto la solvencia de los que han intervenido como la relevancia de los dos temas que se han propuesto: la financiación autonómica y la fiscalidad. Sobre el primero, la financiación, esta Comunidad mantiene demandas razonables que deberían tener acomodo igualmente razonable en ese nuevo modelo que se sigue alejando y ya parece casi una quimera. El otro gran tema, la fiscalidad, nos preocupa a todos, pero no solo en nuestra condición de contribuyentes sino de ciudadanos que aspiran a mantener unos servicios públicos bien financiados y que hacen suya la solidaridad que implica el sistema. Precisamente por eso nuestro sistema fiscal requiere una modernización urgente. Y modernizar no es acumular impuestos, desbordar las apetencias recaudatorias, ni alimentar los discursos demagógicos. Es tener una idea clara de lo que se puede pedir a los ciudadanos, es asumir que los impuestos deben contribuir de una manera decisiva a la creación de riqueza, al estímulo de la iniciativa y a la competitividad de nuestra economía.

De ambos temas se han dicho cosas muy interesantes, bien fundadas, pensadas para la inmensa mayoría de los españoles que hoy soportan una carga fiscal excesiva y a los que se les pide un esfuerzo igualmente desorbitado.

Seguiremos ofreciendo a los que tienen que tomar decisiones nuestros criterios y los resultados de esta reflexión a partir de diferentes puntos de vista.

Pero es la política la que tiene que hablar, es la política la que tiene que entrar en escena para afrontar lo que importa, para articular una agenda nacional que concentre la atención y los esfuerzos de quienes tienen que proponer proyectos de futuro y soluciones a nuestros problemas, que no por afectar a otros dejan de ser asuntos muy serios.

Y al hablar de la política, nuestra primera exigencia debería ser rescatarla del descrédito y la esterilidad hacia los que la arrastran los que se han presentado como alternativa y se han quedado en extravagancia desde su origen en una moción de censura que desmiente el adjetivo de “constructiva” con el que se suele caracterizar.

Permítanme una reflexión. No tengo una concepción dogmática de la política. La conozco bien y conozco sus complejidades, los dilemas a los que a veces se enfrenta, los márgenes, a veces muy estrechos, en que se tienen que mover las decisiones; la impopularidad que a veces hay que asumir. La política puede ser muy compleja, y de hecho, lo es. Lo que no puede ser es incomprensible, banal, contradictoria en sí misma. Y lo que pasa en nuestro país es muy difícil de explicar.

No es fácil explicar que cuando España se enfrenta a un desafío diario a su unidad, a sus instituciones, a los elementos básicos de su convivencia y su estabilidad, el Gobierno de la Nación dependa para su pervivencia de partidos cuyos máximos dirigentes se enfrentan a una acusación que en términos penales es rebelión y en términos políticos es golpismo.

No es fácil explicar, ni dentro ni fuera, que cuando en Europa situamos la lucha política contra los populismos como el gran reto de hoy, el Gobierno y el Partido Socialista sea el vehículo para que el populismo de extrema izquierda alcance un poder y una influencia que no se puede justificar por su fuerza electoral.

No es fácil explicar que el mismo año en que podemos celebrar con orgullo cuarenta años de nuestra Constitución, quienes gobiernan se dediquen a fabricar una estrategia electoralista dirigida a intentar que vuelvan viejas divisiones entre los españoles. Una estrategia para socavar las bases morales y cívicas de la reconciliación nacional sobre las que se ha construido el periodo más brillante de nuestra historia contemporánea.

No es fácil explicar que se asuma con aparente normalidad que el Gobierno admita que incumplirá su deber constitucional de presentar el proyecto de presupuestos generales si cree que no tiene apoyos suficientes para que sean aprobados. O que en un sistema parlamentario el Gobierno diga sin sonrojarse que va a gobernar por decreto, como si el Parlamento

fuera un adorno de quita y pon. O que si no tiene mayoría en el Senado, va a despojar a esa Cámara de sus atribuciones. Y, eso sí, los mismos que hacen y dicen esto, van por ahí dando lecciones de democracia a todo el mundo. Bueno, a todo el mundo, no, porque esas voces tan exigentes para otros no se oyen ni en Caracas y en La Habana.

No es fácil explicar que un país que necesita con urgencia grandes acuerdos, tenga un gobierno y un partido - aunque sea el segundo- que sigue creyendo, desde el sectarismo más arraigado, que todo vale, que cualquier alianza es buena, que cualquier socio es admisible, si eso va contra el Partido Popular.

¿Qué idea de democracia es esta? ¿Qué capacidad para representar los intereses generales puede tener un Gobierno que vive de prestado de los que quieren romper España y un partido que hace del sectarismo su reclamo electoral?

Estamos a pocos días de celebrar el cuadragésimo aniversario de la Constitución española. Y es un momento adecuado para la reflexión y el balance. Y es el momento adecuado para defender la Constitución de los que quieren quebrar su fundamento, que es la Nación española, y defenderla también de los que están empeñados en someterla a un ajuste de cuentas, de defenderla frente a todos esos que creen posible descargar sobre la Constitución, 40 años después, su frustración porque los españoles en su momento optaron por la reforma y no por la ruptura, optaron por la integración y no por la exclusión, por la reconciliación y no por el enfrentamiento; optaron, en fin, por la lucha incruenta en la democracia en vez de por el desgarramiento doloroso de las dos Españas.

Y quieren someter a la Constitución a su afán revisionista haciendo ver que la Constitución es el problema en vez de la solución. Pero lo cierto es que la Constitución ha cumplido con las expectativas más exigentes que podíamos albergar hace cuarenta años.

Queríamos una Transición pacífica y auténtica a la democracia y la tuvimos. Queríamos un sistema político que se pudiera comparar a las democracias de nuestro entorno y lo conseguimos. Queríamos instituciones que integraran, y con la Corona a la cabeza, se rompió la tradición de exclusión y violencia. Aspirábamos a formar parte del proyecto europeo y lo hemos hecho. Buscábamos la transformación del Estado para hacer posible una relación constructiva entre la unidad y la diversidad, y el Estado se transformó hacia una descentralización prácticamente única en Europa. Ambicionábamos consolidar el Estado de derecho y el Estado de derecho ha sido nuestra fuerza contra el terrorismo. Situamos la alternancia pacífica como objetivo de normalidad y esa alternancia se ha producido.

Es curioso. ¿Quiénes están empeñados en desacreditar la Constitución? Los que nunca han aportado nada a la convivencia entre los españoles; los que predicán el antagonismo y el enfrentamiento civil; los que todavía elogian a ETA y a sus cómplices políticos porque fueron los únicos que no entraron en el terreno del juego democrático que la Constitución hizo posible. La realidad es que dentro de la gran mentira en que se sostiene esa izquierda populista y extrema, sus mentiras sobre la Constitución son particularmente oscuras y moralmente turbias. Porque niegan el esfuerzo de la sociedad española y desprecian la generosidad, la amplitud de miras, la voluntad de superar el pasado gracias a las cuales ellos, hoy, pueden vivir en libertad, presentarse a las elecciones y desacreditar a la Constitución que les protege.

Estoy convencido de que hay una clara mayoría social y política en nuestro país que no está por continuar con esta extravagancia surrealista pero peligrosa de un Gobierno en contradicción con el interés general y una estrategia de socavamiento de la Constitución y su significado histórico.

Creo que esa mayoría necesita y reclama una propuesta compartida de futuro, moderada, y rotundamente firme en los elementos esenciales para la convivencia democrática de los españoles y la continuidad de la Nación y el Estado.

Creo que esa es una mayoría que la integran buena parte de las generaciones que en estos cuarenta años de Constitución conviven con normalidad en una sociedad que se ha ido transformando, que es más plural, que tiene ante sí problemas tal vez más complejos pero que de nuevo hoy rechaza la ruptura porque quiere verdaderas reformas.

Esta tarea de verdadero rescate de la política es el gran tema de nuestro tiempo, si se me permite evocar a Ortega. Nos contemplan cuarenta años de Constitución, de vida democrática, de voluntad de convivencia. Nos contempla la memoria de todos los que han llegado a dar su vida para que nosotros podamos celebrar ese gran logro histórico.

Porque, en definitiva, se trata de que, al igual que otros estuvieron a la altura de lo que les exigió su tiempo histórico, quienes hoy tienen la responsabilidad de dar continuidad a ese gran logro histórico, sean capaces de hacerlo.